



# tres

*Textos de:*

Antonio Orejudo  
Mohamed el Morabet  
Miguel Ángel Muñoz



# tres

## *Paisajes para después de la lectura*

Antonio Orejudo  
Mohamed el Morabet  
Miguel Ángel Muñoz



Biblioteca  
Universitaria  
Nicolás  
Salmerón

tres

*Paisajes para después de la lectura*

© DE LA EDICIÓN:

Editorial Universidad de Almería, 2022

© DE LOS TEXTOS:

Sus autores

ISBN: 978-84-1351-140-5

COLECCIÓN: Libro digital 130

MAQUETACIÓN Y CUBIERTA:

Jesús C. Cassinello



*Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional*

La Universidad de Almería, el Vicerrectorado de Comunicación y Extensión Universitaria, la Facultad de Humanidades y la Biblioteca Universitaria Nicolas Salmerón agradecen a Antonio Orejudo, a Mohamed el Morabet y a Miguel Ángel Muñoz su colaboración para ofrecer estas páginas a los lectores y recordar la importancia de los libros y de la creación literaria en nuestra sociedad

## Índice

---

### Almería

*Antonio Orejudo* . . . . . 7

### Como el viento en una red

*Mohamed El Morabet* . . . . . 25

### La forja de un lector

*Miguel Ángel Muñoz* . . . . . 38

**tres**

## Almería\*

---

*Antonio Orejudo*

### I

Almería, 1994. Entro en la ciudad a media tarde, la peor hora para conducir hacia Poniente. El sol se detiene a la altura de los ojos y no solo ciega con una luminosidad estridente, sino que provoca mil reflejos en el parabrisas que hacen prácticamente imposible la visión. Ni el quitasol y ni las gafas oscuras son suficientes para mitigar la hostilidad natural con que la ciudad me recibe. Debería detenerme en el arcén, porque no veo nada y temo un accidente. No conozco esta parte de la carretera. He venido otras veces a Almería, pero nunca he pasado de Níjar. Tampoco he tenido curiosidad por conocer la ciudad ni he sospechado nunca que fuera a vivir en ella.

---

\* Fragmentos escogidos correspondientes al libro *Almería: crónica personal*, publicado por la Fundación José Manuel Lara.

A la altura de la estación de ferrocarril el sol ha bajado un ápice y los edificios, aunque no son muy altos, sirven de pantalla. Dejo el coche en el parking, y salgo a estirar las piernas. Han sido seis horas desde Madrid, pero un día entero de viaje, porque vengo de Estados Unidos, donde he vivido hasta el día de ayer. Acabo de ganar una plaza de profesor interino en la Universidad de Almería. He renunciado a mi puesto permanente en la Universidad de Missouri y he venido a una ciudad de la que nada sé y donde no conozco a nadie.

Estamos a finales de septiembre. Como todos los veranos de los últimos años, este que acaba de terminar hace apenas unas semanas también lo he pasado en San José. Desde que me marché a Estados Unidos descansar una temporada en Almería ha sido una costumbre primero, y después una necesidad. Cuando el curso americano llegaba a los últimos días, llamaba a María y le pedía que me reservara la Veleta 2, en la parte más alta de San José.

La Veleta 2 es una casa de vacaciones en la cima de uno de los cerros que rodean San José. El silencio es absoluto y las vistas, espectaculares: por un lado, el mar y por otro,



el Parque Natural de Cabo de Gata-Níjar. Todos los años repetía el mismo ritual. Salía desnudo al patio de la casa, una terraza natural que se abre al Parque, y desde allí, dominando los campos, me comía un tomate. Registraba en mi memoria cada detalle: si soplaban el viento, si abrasaba el sol, la madurez del tomate y la cantidad exacta de sal.

Me pregunto de dónde me venía esta necesidad de pasar unas semanas en Almería. Yo no conozco a nadie aquí, no tengo familia ni lazos que me unan a esta tierra. Y sin embargo, tras doce meses en aquel país deshumanizado y brutal, sentía que con la desnudez y el tomate reestablecía mi vínculo con la naturaleza. O quizás era solamente que necesitaba descansar.

Hace apenas dos meses estaba aquí, un poco más al este, en la terraza de la Veleta 2, sin hacer nada, mirando la quietud del desierto, preguntándome cómo sería mi vida en Almería, cómo sería tener una casa con patio y buganvilla. No podía imaginar que dos meses después estaría donde estoy ahora, de pie, en el parking de la estación del ferrocarril, recién llegado de Missouri. No sé si podré comprar una casa con patio y buganvilla, pero estoy dispuesto a empezar una vida nueva.

He pasado siete años en Estados Unidos. Allí dejo buenos amigos y una riquísima experiencia profesional. Allí me doctoré, allí conseguí mi primer puesto interino, allí conseguí mi primer puesto permanente y allí fui acusado por una estudiante negra de haberla suspendido por su color. Cuando un estudiante acusa a un profesor de racismo o de acoso sexual, la administración académica, legalista y escrupulosa, inicia un procedimiento que parece aséptico, pero que en realidad es muy cruel. Se toman las cosas con tanto cuidado, que el acusado se convierte en culpable hasta que el protocolo termina y se demuestra lo contrario. Y eso fue lo que ocurrió. El proceso me sirvió sin embargo para comprender que allí jamás podría trabajar con normalidad.

Como puede comprenderse, este verano, el que ahora termina, ha sido más acuciante que nunca la necesidad de encaramarme a la Veleta 2 y repetir la ceremonia del tomate. Y en eso estaba cuando la persona que venía conmigo interrumpió la trascendencia del momento con un periódico en la mano.

—La Universidad de Almería necesita profesores.

## II

Al otro lado de la estación, muy cerca del parking donde acabo de dejar el coche, hay un hotel oscuro y desabrido, donde reservo una habitación. Y ahora estoy aquí, sentado en la cama de este hotel, preguntándome si he tomado la decisión correcta. He renunciado a un prometedor futuro en Estados Unidos, a un buen sueldo, a una buena casa, a un buen coche; y he venido a una ciudad desconocida, a una universidad recién creada, y lo más increíble: he aceptado cobrar un sueldo que nadie me ha sabido concretar todavía.

Bajo a dar una vuelta por la ciudad. En recepción no tienen planos, así que echo a caminar por donde mejor me parece. Y no tengo buen ojo porque la primera impresión que me llevo de Almería capital no puede ser más desagradable. Me parece fea, sin encanto alguno, devastada por un urbanismo desordenado y atroz. Camino por una avenida lúgubre y gris, la Carretera de Ronda, que se aleja hacia el norte flanqueada por casas de mala calidad, construidas durante el desarrollismo franquista.

Busco el mar, pero no lo veo por ninguna parte. Ni siquiera lo huelo. Me cuesta creer que esta ciudad pertenezca a la provincia donde he pasado el verano que acaba de terminar. En otras ciudades mediterráneas el mar se presiente en cada rincón. Málaga huele a mar, igual que Alicante, y su aire pegajoso y salado se percibe casi desde cualquier rincón. Almería en cambio parece una ciudad del interior.

Y como voy mirando hacia arriba, piso una caca, cosa nada difícil en España, donde los dueños de perros gozan de una sorprendente impunidad. Hay leyes que los obligan a llevar atado al animal. Y con bozal. Pero es raro que alguien cumpla la normativa. Y más raro aún ver a un ciudadano que se atreva a llamarle la atención. O que lo haga un policía; eso es inaudito. Todo el mundo sabe que los dueños de perros se toman personalmente las observaciones sobre sus animales, así que es mejor no decir nada. Que sus perros hagan caca en la calle. Pisemos en silencio sus mierdas. Y en esta ciudad hay muchas.

Entro en una cabina de teléfono. Llamo a la persona con la que vivo en Estados

Unidos y que se ha quedado allí vendiendo nuestra casa, nuestro coche, nuestros muebles, y que se reunirá conmigo aquí el año que viene.

Cuando contesta dudo si decirle la verdad.

—Nos hemos equivocado —le digo amargamente—. Nos hemos equivocado viniendo aquí.

### III

Ha pasado un año desde mi llegada. La persona con la que vivo ha vendido nuestro apartamento en Estados Unidos, nuestro coche y el resto de nuestras escasas pertenencias. Ha rescindido su contrato y hoy, por fin, llega a Almería. Voy a esperarla a la estación. Venir desde Madrid a Almería en avión cuesta lo mismo que ir de Madrid a Nueva York, así que ha decidido venir en tren.

Mientras camino voy preguntándome si le gustará esta ciudad en la que ya me muevo con desenvoltura. Me viene a la memoria aquella llamada repentina a Missouri asegurando que me había equivocado. No debí

haberla hecho. Esta persona vendrá ahora con una idea preconcebida y no será fácil hacerle cambiar de opinión.

Es cierto que vivir en Almería todo el año no tiene nada que ver con la fantástica ensoñación de los veranos. Pero ¿en qué parte del mundo no sucede eso? El paraíso se disfruta si el tiempo que se permanece en él es limitado y a ser posible corto, viendo la fecha de salida acercándose irremediablemente. Vivir toda la vida en el paraíso debe de ser un infierno.

Así que durante todo este año Almería ha ido difuminando su perfil más amable y acentuando sus aristas. Bueno, en realidad Almería no se ha movido. Está en el mismo lugar de mis veranos. Soy yo el que ha cambiado de lugar. El que se ha mudado. Lo que nos atrae o nos repele de los lugares donde vivimos tiene mucho que ver con lo que nos gusta o nos disgusta de nosotros mismos. Hay personas que se mudan mil veces y nunca están contentas, porque aquello que les desagrada lo llevan dentro. Hay otras que viven felices en cualquier parte del mundo.

El pintor y escultor Javier Huecas, a quien he conocido este año, dice que en Algete hubiera pintado lo mismo que ha pintado en Almería.

Javier Huecas salió muy niño de Barcelona en busca de un clima más adecuado para su asma. Sus padres se establecieron primero en Viator, a las afueras de Almería; luego en Dólar, a las afueras de Granada; y por último en Úbeda, a las afueras de Jaén, donde vivió seis años. Estudió Bellas Artes en Sevilla y luego en Barcelona, y cuando terminó la carrera quiso ir a Roma y pasar varios años copiando; luego ir a París y pasar varios años copiando; y luego ir a Nueva York y pasar varios años copiando, para después, sólo después de haber copiado mucho, ponerse a pintar.

Pero se fue a vivir a Almería.

Allí tenía familia paterna, que le facilitó comida, casa y un estudio en la calle Pablo Iglesias, donde pintó y pintó y pintó hasta tener obra suficiente para exponer.

Lo hizo por primera vez en la Galería Argar, allá por el año 1985. Y lo vendió todo. Y en dos meses fundió el dinero.

Y entonces pensó en buscar un trabajo más estable. Alguien le dijo que la Escuela de Artes de Almería necesitaba un profesor interino, y aquella fue la puerta por la que entró en la enseñanza. Ganó su plaza, y hoy da clases por la mañana en un instituto de la ciudad.

Por la tarde pinta o moldea esas inquietantes figuras de brazos largos y muecas de locura o de desesperación.

—A mí esto no me gustó la primera vez que vine —me dice refiriéndose al peculiar paisaje de Almería—. A mí el desierto de Tabernas, las dunas y todo eso me parecía un secarral. Yo, como había sido asmático, estaba más habituado a un paisaje más verde, con pinos, peñas y altas montañas. A mí esto del desierto no me decía nada.

—¿Y la luz qué te parece?

—¿La luz? La luz me parece muy molesta. Yo cuando llego al estudio, lo primero que hago era echar las persianas y trabajar con luz eléctrica. ¡Menudo descanso!

Si alguien busca saber cómo ha influido Almería en la obra de un gran artista plástico, que no hable con Javier Huecas, porque



le arruinará ese prejuicio idealista según el cual el espíritu acusa la impronta de lo externo. El arte de Javier Huecas nace de un núcleo interior, y habría salido fuera de igual manera y casi de la misma forma en Algete o en Algeciras.

—Bueno, bueno; no hay que exagerar. Hay cosas de Almería que sí me han influido.

—¿Por ejemplo?

—Las medianeras, esas paredes ciegas, sin ventanas, que quedan al aire en algunos edificios cuando derriban el edificio que estaba al lado. Ese horror arquitectónico, al que sólo Carlos Pérez Siquier ha conseguido encontrarle la belleza en un libro dedicado a las medianeras de Almería, es lo que más ha influido en mi obra. Se ve en la forma de alguno de mis cuadros, así, muy altos y rectangulares.

#### IV

Me digo que esta escasez de agua ha debido de moldear por una parte ese carácter resignado ante las injusticias. Y por otra ha hecho que esta tierra agradezca las cuatro gotas que caen al año. Basta una lluvia li-

gera para que los polvorientos montes se recubran de una alfombra verde, salpicada de margaritas y amapolas. Cuatro gotas de agua, eso es lo que necesitan los cactus, las chumberas y las plantas crasas para sobrevivir. Cuanto más seco sea el año, más bella, caprichosa y surrealista es la floración de estas especies. Como si solamente supieran vivir en la adversidad; como si la hostilidad del ambiente las mejorara.

Aquí he conocido también hombres-cactus y mujeres crasas. Ana Santos y Pedro J. Miguel fueron a Almería por casualidad y se quedaron colgados de ella para siempre. La pareja más literaria de Almería tiene una relación escasamente literaria con la ciudad, si por literario entendemos un relato con presagios, palabras mágicas y recurrencias que permitan redactar un texto trabado. Simplemente no la conocían, vinieron, les gustó y se convirtieron en chumberas.

Su primer viaje lo hicieron con su hija de tres años en brazos, en un compartimento del viejo expreso. Querían pasar un verano con la pequeña Luna en la playa, y alguien en Alcalá de Henares les habló del Cabo de Gata.

La primera impresión de Ana no fue muy agradable. La antigua estación de ferrocarril, adonde llegaron al cabo de diez horas, era muy bonita, sí, pero la antigua estación de autobuses no lo era tanto. Era como una estación de autobuses de una ciudad de segunda categoría de un país en vías de desarrollo y al borde de la Guerra Civil.

Y además había huelga de basuras. La ciudad estaba más sucia de lo habitual, y el autobús de la empresa Becerra en el que había que montarse para ir a San Miguel del Cabo de Gata era un cacharro infernal. Por si fuera poco, San Miguel tenía todavía, a principios de los noventa, las calles sin asfaltar. Soplaban además el viento de Poniente, y el polvo se enredaba en el pelo y se quedaba entre los dientes.

Pero ni siquiera en estas circunstancias tan adversas les pareció Almería una ciudad fea o desagradable.

—Nos pareció exótica con todas esas casas coloniales... Almería no se parecía a nada de lo que nosotros habíamos visto de Andalucía. Pero, vamos, cualquier atisbo de desagrado que pudiéramos haber senti-

do desapareció cuando llegamos al apartamento del Cabo y miramos al mar. El polvo, las basuras, el autocar de la empresa Becerra... todo se esfumó.

Regresaron a Alcalá y un día de invierno, caminando por sus calles, empezaron a sentir una desazón y un agobio inexplicables. Se sentaron en un banco y se preguntaron de dónde venía aquella angustia sin sentido.

Lo descubrimos enseguida: estábamos agobiados porque llevábamos varios meses sin ver el horizonte. Echábamos de menos Almería, la amplitud de su horizonte.

Así que volvieron al año siguiente. Y al otro.

Por eso, cuando Pedro aprobó las oposiciones de profesor de instituto en Andalucía y le dieron a elegir destino, no lo dudó. Hicieron maletas, cogieron a Luna y se fueron al fin del mundo para disgusto de la familia.

Pero ni siquiera la desesperante tarea de buscar una casa decente para vivir en una ciudad no acostumbrada a que la gente la eligiese como destino les minó la moral. Tuviron, eso sí, un contacto más real con la

gente. Pero seguían encantados con aquella exótica ciudad en el margen de Andalucía. Ni el viento de Poniente, que a Pedro le fascina, ni el desorden urbanístico, ni la suciedad enturbiaron su relación con ella.

—No exageres, no exageres. A nosotros también hay cosas que no nos gustan, como en todos los sitios y a todo el mundo. Me molestan los almerienses que no conocen su propia tierra, que no ven más allá del Zapillo. Nos molesta la dejadez, la desidia, la falta de profesionalidad en los servicios, y naturalmente la penosa política urbanística que ha destruido la ciudad.

Destruída y todo, ellos se las ingenieron para encontrar un viejo caserón colonial, uno de esos que tanto les habían gustado en su primera visita y se instalaron en él. Pasaron frío en invierno y calor en verano, pero la luz, el sol, y sobre todo el horizonte fueron suficientes motivos para permanecer.

—¿Y no os parecía una ciudad con muy poca vida cultural?

—Siempre que nos dicen eso, saltamos. Almería no es más grande que Leganés. ¿Qué vida cultural puede haber en una ciu-

dad de 200.000 habitantes? Con Almería se tiene un nivel de exigencia injusto. Además, si vas a un sitio y te encuentras con que no hay vida cultural, no te quejes: hazla tú.

Y eso fue lo que hicieron ellos.

Con muy poca agua, como los cactus y las plantas crasas, fundaron una delicada revista, *Salamandria, revista de este sur*, a la que decidieron dar trece meses de vida, trece números, trece temas y trece formatos diferentes. Una obra de arte para los coleccionistas y para las personas que pensaban que la tierra de Este Sur era baldía.

*Salamandria* dejó paso a otro proyecto igualmente exitoso: la refinada editorial El Gaviero, consagrada a la publicación de relatos y poesía, y que atrae la mirada de mucha gente que antes miraba para otro lado.

## V

Ahora que tengo que marcharme de Almería no me quiero ir de aquí. Han pasado diez años desde que entré en la ciudad luchando contra la hostilidad del sol. No es solamente que me haya acostumbrado a vivir en este pequeño lugar; es que sé que voy a echarlo

de menos. Tan pronto como me instale en la que será mi nueva casa los próximos años, una ciudad mucho más grande que Almería, me daré cuenta de lo que he dejado atrás. Pienso en todo esto mientras conduzco hacia Las Negras y miro el paisaje con los ojos del que va a perderlo irremediamente. Atravieso el tramo de carretera que más me gusta de Almería, el que va desde el cruce con la carretera de San José hasta el cruce con la carretera de Las Negras. La conducción es gozosa como un tiovivo; las curvas cerradas y los cambios de rasante muestran y ocultan a intervalos caprichosos ese violento contraste entre el monte calcinado por el sol y el azul luminoso y transparente del Mediterráneo. A veces llueve en esta tierra, y entonces los cerros de tomillo que durante el resto del año presentan un verde mortecino, casi gris, como pintado por alguien que no hubiese sido capaz de acertar con el tono, se cubre de colores vivos. Estoy sufriendo un absceso de nostalgia anticipada. Recuerdo nuestros paseos por estos desmontes, nuestra subida a Los Frailes, y nuestro descubrimiento de que los arbustos allá arriba están abrasados por el viento; la

primera vez que entramos en Las Presillas Bajas, el pueblo más silencioso del mundo; la sensación de tiempo detenido; los baños en las calas secretas, y los placeres pequeño-burgueses: el descubrimiento de un restaurante con buen pescado, o la lectura de los periódicos dominicales sobre la hamaca, bajo el porche de mi casa. Mi casa, que ya he vendido.



## Como el viento en una red\*\*

---

*Mohamed El Morabet*

Antes de empezar, he de advertir que solo sé contar historias y esta es una de ellas. Es un relato fragmentado en 7 actos. Es la historia de un círculo oral llamado Goytisoló.

1

Comenzaré diciendo que conocí en persona a Juan Goytisoló en mayo 2013, en su rincón del Café de France. Yo estaba de paso por Marraquech en un viaje organizado, donde acompañé a César Antonio Molina, exministro de Cultura, para visitar las antiguas bibliotecas de Marruecos y poder ver y disfrutar alguno de sus manuscritos. Cuatro días antes, estando ya en Rabat, César An-

---

\*\* Texto leído en el ciclo académico de la Facultad de poesía José Ángel Valente, Universidad de Almería, noviembre de 2019.

tonio sacó una libreta donde tenía apuntado el teléfono fijo de la casa de Juan. Llamó pero nadie descolgó. «Probaremos suerte cuando estemos en Marraquech», me dijo cuando colgó el teléfono dando por imposible localizarlo. No sé quién nos había advertido de que Juan, normalmente, acudía al Café de France tanto por la mañana como por la tarde. Ese era el plan. Una vez en la ciudad, visitamos la biblioteca de Ben Youssef por la mañana, aunque no pudimos entrar porque la puerta de la biblioteca estaba cerrada con candado; la única persona que tenía la llave estaba enferma y nadie pudo averiguar su paradero (o al menos eso fue lo que nos dijeron). Con esta pequeña frustración acudimos por la tarde a la plaza Xemáa El Fná y, desde lejos, César Antonio reconoció a Juan. Cuando le expresamos nuestro bochorno con lo que nos había sucedido por la mañana, medio sorprendido quiso recompensarnos invitándonos a su casa y, de paso, enseñándonos su biblioteca.

2

Pocos supieron representar mejor que Juan Goytisolo lo que insinuó Nietzsche cuando escribió que «para ser realmente contemporáneos hay que ser intempestivos». Goytisolo cumple con creces esta máxima. Contemporáneo, en primer lugar, por abordar en gran parte de su obra la ceguera del canon nacionalcatólico de la literatura española, «*que es incapaz de abarcar la riqueza del propio contenido de la tradición*», usando sus propias palabras. Es archiconocida su contribución recuperando, por ejemplo, a autores como Blanco White, tachados de heterodoxos con el único propósito de arrinconarlos y condenarlos al olvido. Contemporáneo también por alzar la voz en favor de los marginados y parias en el vertiginoso mundo del consumismo por «*...apuntar a la insuficiencia y precariedad de un orden social y moral que elimina o pone entre paréntesis lo ajeno, inasimilable, excluido*», tal y como escribió en su ensayo «Libertad, libertad, libertad» del año 1978, posterior a la muerte de Franco. Estos parias — ya fueran negros, mujeres,

árabes, homosexuales, gitanos, moros, inmigrantes— comparten entre sí el virulento asedio de la pobreza. La sensibilidad en su percepción de la pobreza y la violencia se manifestó tempranamente en Juan Goytisolo. Solo cabe recordar la primera frase con que abrió *Campos de Níjar*, su primer libro de viajes: «*Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería*». O recordar otra frase de su querida Sherezade, que a menudo citaba: «*El mundo es la casa de los que carecen de ella*». Contemporáneo, a su vez, por analizar y denunciar en sus textos las múltiples facetas y rostros que adquiere el fundamentalismo identitario o «*las identidades totémicas*», según su propia expresión, ya fueran estas religiosas o ideológicas. Contemporáneo también, icómo no!, por buscar y perseguir incansablemente el hilo de oralidad que atraviesa la literatura desde los primeros textos medievales hasta los más modernos, del Arcipreste de Hita y su *Libro de buen amor* pasando por *La Celestina* o *El Lazarillo* hasta llegar a Joyce, Carlos Fuentes o Cabrera Infante, por citar algunos. Muchas veces se acusó a Juan

Goytisolo de ingrato o poco generoso con los nuevos autores del panorama literario español, nada más injusto y alejado de la realidad. Ahí están Diego Doncel, Antonio Lucas, Jorge Carrión o Robert Juan-Cantavella, entre otros, para atestiguar su generosidad.

3

Cuando le saludamos aquella tarde en el Café de France, no quiso que nos sentáramos. Dejó enseguida un billete de 20 dirhams en la mesa y se puso de pie. «Vamos a casa», dijo prácticamente con un gesto y lo seguimos. Se metió por las callejuelas de la ciudad, y con paso lento y tambaleante nos inició en su arte privado, en el íntimo arte de *medinear*, que no es más que sentir la antigua ciudadela de Marraquech como propia y vivirla como un hogar donde perderse, evadirse y hallar la levedad absoluta. Observarlo caminar fue como espiar a Juan Goytisolo a través de una mirilla atemporal mientras leía en solitario. Fue como si nos invitara al territorio de su nueva patria, la que iba construyendo poco a poco mediante

ficciones arriesgadas, caligrafiadas e híbridadas después de dejar España en el otoño del 56. Era como si estuviese regresando a su patria cervantina, al igual que Sancho y don Quijote cuando arribaron a la aldea, al final de la segunda parte de la novela, y Sancho exclamó:

*—Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo; que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede.*

*—Déjate desas sandeces —dijo don Quijote—; y vamos con pie derecho a entrar en nuestro lugar, donde daremos vado a nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar.*

De camino a su casa, al doblar la esquina en una callejuela, a Juan por poco se lo lleva por delante un apresurado adolescente que empujaba un carro repleto de tortas de pan. «Cuidado, Sidi Juan, cuidado, el pan está caliente, recién sacado del horno», gritó el chaval en dariya y con sorna,

al mismo tiempo que hacía una maniobra imposible con el carro para no atropellarlo. En lugar de amonestar al adolescente, Juan se detuvo y no sé de qué hablarían en dariya, pero al final acabó con dos tortas de pan caliente en las manos. Fue lo que merendamos con té moruno un cuarto de hora más tarde en el salón de su casa, antes de dar vado a nuestras imaginaciones.

4

En el epílogo de *Pájaro que ensucia su propio nido* Juan Goytisolo recuerda una vieja tradición marroquí, según la cual, los campesinos bereberes consideran a las cigüeñas como seres humanos que, por su intención de viajar y conocer otros mundos, adoptan temporalmente esa forma. Esta leyenda inspiró el relato *Los hombres-cigüeña* de la narradora del Círculo de Lectores, en su novela *Las semanas del jardín*. Esta novela —por cierto, una de las más innovadoras del autor desde el punto de vista formal— se tradujo al árabe clásico y, por avatares ajenos a la literatura, fue a caer en manos de un cuentista de la plaza Xemáa El Fná. Tras

leer el cuento, el *halaiquí* le pidió permiso a Juan Goytisolo para adaptar el relato al dariya e interpretarlo en una *halqa*. Este acontecimiento, además de procurarle una enorme alegría a Juan Goytisolo, condensa una de las ideas más fascinantes de la supervivencia de la literatura, es decir la fecunda circularidad que une en permanente mutación lo oral con lo escrito. Mejor recurrir a las propias palabras de Goytisolo para explicar bien esta idea: «*El engarce —dice Goytisolo— con la oralidad existente en el mundo durante docenas de miles de años —un lapso inconmensurablemente mayor que el de la escritura— me integraba en el ciclo de los préstamos y permutas. Mi mirada hacia atrás, me proyectaba adelante. Había cumplido con mi humilde papel de eslabón. La biblioteca, el jardín de la biblioteca, me devolvía a los orígenes: al núcleo seminal, al flujo incesante de la vida.*» Volveré más adelante sobre esta idea, a la que llamo el círculo oral de Juan Goytisolo.



5

Dar vado a nuestras imaginaciones es una forma de decir que hablamos un poco de todo. Nos regaló un ejemplar de su último libro: *Ardores, cenizas, desmemoria*, al que calificó de producto de una musa sucinta, ya que solo le susurró un puñado de versos en un rapto que desapareció tan pronto como vino. El libro lo conforman nueve escasos poemas deslumbrantes, que se tuvieron que traducir a las lenguas ibéricas: al catalán, gallego y portugués, con el fin de otorgarle algo de cuerpo al libro. La conversación mutó de piel y tornó áspera cuando fue a parar a la situación política de España, que atravesaba sus peores años de crisis. Lo mejor sucedió cuando nos confesó sus lecturas, o más bien sus relecturas. «Ahora releo más que leo», dijo. Aseguró que desde hacía tiempo se entregaba cada año a releer las obras enteras de algún autor que le interesara. En esa ocasión, estaba con Tolstoi. Dijo que de joven sentía más devoción por Dostoyevski que por Tolstoi, que aquello de «*Si dios no existe, toda está permitido*» en su juventud le parecía una auténtica revolu-

ción, pero ahora se le antojaba una afirmación un tanto pueril. Que ahora redescubría, en sus relecturas, a un Tolstoi distinto y a un escritor maduro en su compromiso ético y estético. Años después me topé con estas palabras suyas respecto a sus relecturas:

*Nuestra percepción literaria y humana de las grandes creaciones novelescas cambia con la edad. Cada relectura, conforme ascendemos al cenit de la vida y luego descendemos de él, descubre lo que no supimos ver en nuestra lectura anterior, y si el lapso transcurrido es de medio siglo, la diferencia entre lo leído y releído es proporcionalmente mayor. Lo que la obra dijo al joven que fui no interesa al viejo y curtido lector. Nuestro yo se ha transmutado y por eso leemos un libro nuevo.*

Yo todavía no he releído las obras enteras de Juan Goytisolo, salvo dos o tres novelas. No creo que tarde en dedicar un año entero a su relectura.

6

El proverbio marroquí que da título a esta exposición, *Como el viento en una red*, lo encontré en su novela *Makbara*. El libro me había estado esperando alrededor de un año, después de haberlo comprado en el Rastro de Madrid. La frase estaba escrita a mano, en árabe. Comprendí inmediatamente que, por la tecnología de la que disponía la editorial en la época —mi ejemplar es una tercera edición de mayo de 1980— y que no se parece en nada a la digital de la actualidad, aquel proverbio había sido transcrito por la propia mano derecha, o quizás la izquierda, de Goytisoló. Aquí está de nuevo el círculo oral de nuestro autor: el proverbio pasó de ser una frase oral repetida por los marroquíes y que, por cierto, señala a una persona libre y sin ataduras, a ser escrita, en *Makbara* en árabe. La llegué a rastrear, que yo sepa al menos, en tres libros: *La puerta de los vientos*, una antología de relatos dirigida por Lorenzo Silva, en la famosa novela *El tiempo entre costuras* de María Dueñas y en *Mimoun* de Rafael Chirbes. Su cometido como correa de transmisión había

dado su fruto, porque toda frase aspira a convertirse en otra frase pronunciada en otro idioma y en otra época. Esa fusión, que va de lo oral a lo escrito para volver a lo oral y así hasta el infinito, es la esencia de la literatura y la ambición plácida que desea cualquier escritor. Juan Goytisoló, después de muchos trasvases y mutaciones, será inseparable de esta frase y vivirá, en mi opinión, libre como el viento en una red.

7

Cuando nos desponíamos a dejar su casa, Juan insistió en acompañarnos hasta la Plaza Xemáa El Fná. Hicimos el mismo recorrido que a la ida, desanduvimos lo andado, eso sí, sin el percance del chaval del carro de pan. Goytisoló nos dio las gracias y nos abandonó a nuestra suerte en el mismo punto de partida, en su rincón del Café de France. Fue su inusitada forma de cerrar el círculo, el círculo oral que atraviesa la vida y la literatura, el cruce de su obra con sus lectores. Como si de nuevo rememorara el último párrafo con que clausuró el capítulo Cementerio marino de *Makbara*.

*Al fin estás aquí, te aguardaba desde hace largo tiempo, horas días semanas meses años, sabía que vendrías, volverías a mí, al punto mismo donde nos encontramos, amémonos como posesos, no importa que otros miren, calentaremos los huesos de las tumbas, los haremos morir de pura envidia, todo el makbara es nuestro, lo incendiaremos, arderá con nosotros, perecerá, pereceremos, vivos, convulsos, abrasados.*

## La forja de un lector<sup>\*\*\*</sup>

---

*Miguel Ángel Muñoz*

Si pienso en mi relación con la literatura, en los temas que me interesan, en el tipo de libros que he escrito y en los escritores a los que admiro, me sorprende al descubrir que prácticamente todo eso está resumido en unos pocos años de mi infancia, cuando descubrí el amor por los libros, cuando se inoculó en mí el virus de la literatura —ojalá, en vez de otros, el virus de la lectura fuera pandémico y no se descubriera vacuna contra él—. Es como si todo lo que ha venido después fuera un desarrollo de aquellos días —pocos en la vida de una persona y sin embargo fundamentales— en que pasé de devorar tebeos, que releía sin parar, a leer libros. Uno de los recuerdos fundamentales de mi infancia tuvo lugar en los titubeantes

---

<sup>\*\*\*</sup> Fragmento del discurso sobre su obra y la creación literaria, pronunciado en la Universidad de Almería el día 23 de abril de 2021.

momentos iniciales de la democracia, tras las primeras elecciones. Los lunes poselectorales las aulas amanecían con los suelos llenos de papeletas de los distintos partidos políticos, como el confeti que queda tras una fiesta, y los niños nos llevábamos a casa tacos de esas papeletas sobrantes que aprovechábamos para hacer cuentas y tomar anotaciones. La renovación de los equipos directivos hizo que una profesora, doña Ana María, fuera nombrada directora de mi colegio, el Virgen del Mar. Una de sus primeras decisiones fue la de abrir a los alumnos las puertas de una pequeña biblioteca que había en una sala que, quizás me equivoque, pero quiero recordar que estaba en un altillo, una especie de desván, porque veníamos de un tiempo, no hay que olvidarlo, en que los libros se colocaban en los lugares más inaccesibles. Se nos animó a visitarla y los primeros libros que tomé en préstamo fueron una novela de romanos, *Quo vadis*, y una edición en la colección Austral, con la portada azul, de *Zalacaín el aventurero*, una novela de Pío Baroja.

Si comparo aquella edición con las que hoy se hacen, era basta, sencilla, sin sofisti-

cación alguna. Se desencuadernaba con facilidad y la impresión no era muy brillante. Algunas palabras estaban regularmente impresas. Pero leí aquella novela con rapidez, entregado a las aventuras que se desarrollaban en un país que me parecía antiguo, muy lejano, y que me recordaban a esas otras aventuras de los tebeos de Joyas Literarias Ilustradas, en la editorial Bruguera.

Bruguera fue una editorial fundamental. Su colección Club Joven, que compraba en kioscos, gastándome en ella la paga semanal de mi padre, y que conservo completa —es mi colección particular de joyas valiosas—, me permitió leer a los grandes clásicos universales. Novelas de aventuras de Melville, de Stevenson, de Kipling, de Pushkin, de Poe, de Julio Verne o Jack London, imaginativas historias de ciencia ficción de Isaac Asimov, Fredric Brown o H. G. Wells, pero también novelas realistas de Balzac, Chéjov, Gorki, Turgueniev o Dostoievsky, que daban fe de las alegrías y también complejidades y penosidades del mundo. Imaginad lo que aquellas lecturas podían hacer en la mente de un niño de 10-11 años: trastornarla, ampliarla, cambiarla.



Leer dos novelas como *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, o *La roja insignia del valor*, de Stephen Crane, era suficiente para entender el horror de las guerras y la necesidad del antibelicismo. Cada novela era una experiencia divertida y, a la vez, profunda. Leí aquella colección sin perderme un título y a día de hoy puedo decir que fue una de las experiencias más importantes de mi vida. Me hizo lector.

El virus literario tiene una capacidad fabulosa: un libro te lleva a otro; el contagio es infinito. En aquellos dos años durante los que leí esos libros de Bruguera, y otros muchos que me iban saliendo al paso, aprendí algo, aunque entonces no lo supiera:

Que la cultura era un proyecto ilustrado, en el que la adquisición de conocimientos, de experiencias transformadoras, tanto desde la libertad interior como del cambio social, requería de un trabajo divulgador, que en mi caso fueron los kioscos, las colecciones populares. Fue mi aprendizaje de la conciencia de clase. Supe a qué clase social pertenecía y las posibilidades que la cultura ofrecía a un niño de barrio, en aquella época de descampados y playas alquitranadas.

Los libros te abrían a otras posibilidades. Era una enseñanza muy de aquella época, tal vez pasada de moda en los tiempos actuales, en los que el proyecto ilustrado y su capacidad para generar un ascensor social parece haberse debilitado, pero siento que todo mi entendimiento de la literatura y mi creencia en su poder viene de ese tiempo en que leía sin saber y sabía porque iba leyendo.

Pasé de la lectura a la escritura de un modo natural y lógico. Quisé contar historias y tras una larga etapa de aprendizaje y tanteos, durante los que escribí muchos relatos que fogueaba en premios literarios y un par de novelas, publiqué mi primer libro, *El síndrome Chéjov*, en 2006, en la editorial Páginas de Espuma.

Si os dan papel pautado,  
escribid por el otro lado

*Juan Ramón Jiménez*



